Grillo, Max

Raza vencida.

MAX GRILLO

Raza Vencida

Tragedia en dos actos

PREFACIO DEL AUTOR

BOGOTA
LIBRERÍA DE JULIO & MAX GRILLO
194 — Calle 12 — 196
MCMV

MAX GRILLO

Raza Vencida

Tragedia en dos actos

PREFACIO DEL AUTOR

BOGOTA
LIBRERÍA DE JULIO & MAX GRILLO
194 — Calle 12 — 196
MCMV

IMPRENTA DE *La Luz*—BOGOTA
Puente de San Francisco



A QUIEN VA A LEER

CONSIDERADOS literariamente los pueblos americanos, dependen aún de la metrópoli y, llámense Colombia ó México, Venezuela ó Argentina, continúan siendo provincias españolas. Si se alejan unos de otros por los desiertos y los montes, por la mezcla de razas, por la diversidad de aspiraciones, por las influencias que reciban de los extraños, por cambios en las costumbres; los une, los unirá siempre un lazo, el más fuerte vínculo, el más simpático: el idioma. El idioma es el alma de las naciones. Mientras hablemos uno mismo en la América colombina seremos un mismo cuerpo, un mismo pueblo. Obra grande fue la realizada por los conquistadores al imponer en el Continente la lengua de Castilla sin permitir la germinación de dialectos, ora porque fuesen de índole domeñable las tribus y fácilmente vencida su alma autóctona, ora porque prevaleciesen en las heroicas empresas los soldados castellanos, unificando fuera de la Península lo que allá nunca se ha conseguido. Fecunda obra cuyos resultados serán en lo futuro la solidez de la nacionalidad panhispánica.

Sería tarea casi imposible crear una literatura genuinamente americana ó criolla. Sea dicho, aunque de paso, que á los habitadores de estas tierras nos corresponde enriquecer la lengua con las voces y giros que, bien nacidos, invente nuestro pueblo para su uso, así como nos toca explotar en lo posible las tradiciones, la historia y la vida americana para que á lo menos en la elección de los asuntos aparezcamos haciendo literatura indígena, y no cual modestos arrendajos repitiendo en minúsculas proporciones la novela, el poema, la crítica, el arte de pueblos extraordinarios. Es cierto que las manifestaciones de la belleza son universales y que es propio de poetas é imaginativos de toda especie alejarse del solar nativo en busca de paisajes, costumbres, héroes y dioses exóticos, por ser ley humana que no satisfaga el bien poseído y se anhele el goce del ajeno. Suele observarse que las vocaciones literarias se determinan por la lectura y rara vez por la contemplación de la naturaleza y la vida interior. De aquí las floraciones de arte francés ó griego en medio de la selvática incuria de nuestras labranzas tropicales. Pobre de originalidad será la existencia que nos ha tocado, mas debemos vivirla con la intensidad de que seamos capaces. Si no alcanzamos á dar á las cosas familiares interés digno de atraer á los compatriotas, menos lograremos conquistar á las gentes forasteras, al rimar ó exprimir los temas que para ellos son de doméstico trato. La ley de la división del trabajo también debe aplicarse en el terreno del arte. Los franceses, los alemanes, no exigen de nosotros que les descubramos sus paisajes hermosos

ni las reconditeces de sus almas; vastos y poderosos ingenios lo han hecho en aquellos países. Los extranjeros nos piden cuadros de nuestra vida tormentosa de pueblos en ebullición, pinturas de los paisajes andinos, psicología de nuestras almas veleidosas y ardientes.

Un espíritu de ruda cepa castiza, de originalidad indómita, Miguel de Unamuno, ha dicho que los intelectuales americanos deben americanizarse; y Díaz Rodríguez, novelista encantador y ágil, que analiza el alma criolla en *Idolos rotos* y *Sangre patricia*, llama á su falange al campo del americanismo. Un poeta de estro elocuente, desvirtuado en veces por la filigrana del concepto, José Santos Chocano, realiza en poemas resonantes el *Alma de América.*

Ignoro si mi vena lírica ha sido impulsada hacia lo indígena porque tenga yo sangre de conquistadores ó de vencidos. Séame permitido solamente anotar que desde mis comienzos literarios he buscado la fuente castiza, la cual se resume para mí en el amor á la estirpe nacional, al cielo de la patria, á sus paisajes, á sus monumentos, á sus tradiciones y glorias. Jamás me fue indiferente su destino; luché por ella en todas las palestras, inquirí su historia é hice la profesión de mi ensueño bajo el cimborio de sus tempestades.

Considero necesario poner algunas notas marginales á la tragedia ó poema trágico que titulo *Raza vencida.* El uso de mitos de la fábula chibcha me obliga á ello por tener en cuenta que aun entre nosotros son poco conocidos.

La historia de los muiscas, cuyo reino conquistó Gonzalo Jiménez de Quesada, carece del interés

que tiene la de aztecas y peruanos. Sus leyendas fueron apenas recogidas por los cronistas, quienes, ó carecían de instrucción suficiente para dar valor á los monumentos y tradiciones indígenas, ó por celo religioso los destruían como obras diabólicas. Tal era el proceder de los letrados. Es de suponer cuál sería el de los hombres de armas, en general ignorantes.

"El Arzobispo Fray Cristóbal de Torres, dice Acosta, hizo cortar dos hermosas palmas que daban sombra á los estanques del Zipa, en Tabio, porque los indígenas las miraban todavía con cierta veneración después de un siglo del descubrimiento, como que les recordaban los tiempos de su independencia. Y nótese que este respetable prelado, cuya memoria es grata por haber fundado el Colegio del Rosario, fue de los españoles más ilustrados." Así en la Edad Media los obispos destruyeron las *Rocas del destino*, consagradas, según se cree, á la Luna y á la Serpiente, y San Bonifacio derribó la *encina del Donar.* (1)

El autor del libro *Los Chibchas antes de la conquista española*, estudio de los más meditados que existen acerca del asunto, disculpa á los demoledores con razones que no del todo hago mías: "Si el celo de los misioneros los llevó á quemar por centenares informes y grotescos ídolos de madera, nada perdió el arte con esto...."

La falta absoluta de toda clase de escritura chibcha ha hecho imposible el esclarecimiento de

(1) Véanse *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimosexto*, por el Coronel Joaquín Acosta. 1848, y *Nuestro Tiempo*, entrega de Junio. 1905.

su vida histórica. Con todo, he creído suficientes los datos que nos traen los cronistas, aumentados por escritores modernos, tales como Zerda, en *El Dorado*, los dos Restrepos (D. Vicente y D. Ernesto), para fundar los detalles de la tragedia que verán los lectores.

Para mí la mitología chibcha nada tiene de despreciable; por el contrario, sus ingenuos mitos suelen presentar la elevación de los símbolos de la naturaleza.

La religión chibcha era una mezcla de sabeísmo é idolatría. De las prácticas fetichistas se habían levantado los indígenas á la adoración de los astros, á consagrar las lagunas, los ríos y las selvas á sus númenes supremos. El Sol (ZUHÉ) era la deidad excelsa, y CHÍA (la Luna), su compañera celeste, diosa melancólica, temida por los hombres.

CHIMINIGAGUA pertenece á otro orden religioso: no era una deidad antropomorfa. Era un dios sin culto, espiritual, algo como el Uno, el creador de la luz, ó sea del Todo.

BOCHICA parece haber sido un profeta, talvez un viajero buda que les enseñó á hilar el algodón, á tejer los vestidos y á hacer otras cosas útiles que, probablemente, olvidaron las tribus nómades. Opino que Bochica y Nenquetheva designan una misma deidad.

CHIBCHACÚN era el protector especial de los muiscas.

CUCHABIBA, escrito frecuentemente por los historiadores, Cuchavira, á pesar de que carecía de las letras r, d y l, el alfabeto muisca, según opinión de quienes estudian su dialecto. Cuchabiba

era aire resplandeciente, el arco iris, que había servido á Bochica para sostenerse en el cielo mientras formaba el Tequendama.

BACHUE era la madre de los chibchas, protectora de las hortalizas.

CHAQUÉN, dios Término de su mitología, presidía las carreras y los juegos atléticos.

TOMAGATA, dice el Sr. Restrepo Tirado, era "monstruo de cuatro orejas y un solo ojo en la frente, tenía una cola semejante á la del tigre. Todas las noches hacía diez viajes de Tunja á Sogamoso, deteniéndose en los adoratorios. ¡Pobre de quien le enojara! Tomagata le convertía en culebra, lagarto ú otro animal." Su nombre significaba *masa que hierve.*

Como la tradición era oral, nada de raro tiene que los nombres de las deidades mismas fuesen desvirtuados al ser trasmitidos de unos pueblos á otros. La oscuridad que rodea los mitos abre campo al misterio y sugiere la concepción poética. El numen es una luz imprecisa que se complace en alumbrar lo incierto. La imaginación borda en la tela de nombres y hechos vagos un poema que, dados los gustos modernos, debe aparecer lírico y épico á la vez.

Predecesores ilustres he tenido: Luis Vargas Tejada, ingenio de cultura extraordinaria para su época, espíritu intranquilo, repúblico de ardientes convicciones, compuso una tragedia, *Sugamuxi,* en versos inspirados por sus lecturas de clásicos franceses y españoles del siglo XVIII. De Fernández Madrid, correcto versificador de principios de la República, se conserva un poema, *Aquimenzaque,* que no tengo presente.

No doy á la estampa *Raza vencida* (que debiera ser un poema musical) con la pretensión de haber escrito un drama de enredo. Sus cuadros y sus personajes son apenas formas animadas por un ente misterioso y oscuro, el Hado. La unidad de mi obra no se halla en la urdimbre del asunto, se encuentra en el pensamiento silencioso y trágico.

Bogotá, Agosto de 1905



DRAMATIS PERSONÆ:

SUAMÓS. Sumo Sacerdote del templo de Iraca.
TOMAGATA. Encarnación diabólica.
ISORA. Virgen consagrada á Chía.
ZAQUEZAMÍN Jeque ilustre.
NEUSA. Pitonisa del templo de Tundama.
GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA. Conquistador del reino de los Chibchas.
EL CACIQUE DE TUNDAMA.
ANTÓN DE OLAYA. Capitán de las fuerzas españolas.
HERALDOS.
UN OFICIAL.

Jeques ó sacerdotes encargados de las ceremonias religiosas.—Chuques ó agoreros.—Vestales del templo del Sol.—Soldados del Cacique y soldados castellanos.

Suamós. Anciano de cabellos lacios. Viste túnica blanca y lleva manto de algodón escarlata; adorna su cabeza medialuna de oro con esmeraldas; de la medialuna surge un penacho de plumas de guacamayo, rojas y verdes; calza sandalias, y en la mano trae la vara de oro que usó Bochica.

Tomagata. Alto, fornido. Viste túnica gris, que imita el color de la corteza de los árboles; de sus espaldas pende una piel de jaguar. La tradición decía que tenía un ojo en la frente y cuatro orejas.

Isora. Viste túnica blanca, y en los hombros lleva manto ó *liquira* de algodón azul; adornan sus brazos desnudos, brazaletes de oro, y en la cabeza ostenta medialuna con penacho de plumas blancas.

Zaquezamín. Joven y hermoso. Viste túnica roja y luce medialuna con cabezas de loros y lagartos.

ACTO I

EL SACRIFICIO

Pórtico exterior del templo de Iraca: arquitectura maciza; columnas cónicas sin capiteles; la cubierta del templo es de hojas de palma. Gradería de arenisca amarilla. A la izquierda, un bosque de grandes árboles. A la derecha, colinas cuyas ondulaciones terminan en la escalinata del templo. Es de noche. Los fulgores del cielo anuncian la próxima salida de la luna.

ESCENA I

TOMAGATA

Se pasea agitado entre el bosque y las primeras columnas del peristilo.

Será una sombra al despertar el día
El santuario de Iraca. Vengativo
Mi numen es. Celebre mi alegría
Triunfo tan estupendo.....
De Idacanzas
Voy á vengarme. Con ligero paso
Salí de Hunza al comenzar su ocaso
El odiado Zuhé.
Mi sombra errante
Aquí será advertida.
Nada augura
Que sobre el templo de oro revestido
El mayor infortunio se apresura,
Y que empieza el momento de su olvido.

¿Quién arrancó su cetro á Tomagata?
Quién? Deidad implacable! vencedora
No serás en la lucha; te arrebata
Otro dios tu dominio; soy su nuncio;
La venganza presiento; mas es vana
Mi cólera, Zuhé, dios destronado
Que en abismos sin luz irás mañana
Como pobre vencido....
La ironía
Digna es de mí. Los dioses de mi estirpe
No increpan el fantasma del pasado
Con acentos inútiles....
Querría
Suavizar la tristeza de tu muerte,
Grande enemigo mío, dios austero,
Que te juzgabas poderoso y fuerte
Y te desplomas ya....

Señala con dureza la imagen resplandeciente de Bochica, que se alza á la entrada del templo.

ESCENA II

ISORA Y NEUSA

Salen del interior del templo. Marcha Isora con lentitud y revela sobresalto. Tomagata, sin ser visto, se desliza entre los árboles.

ISORA

Todo duerme en la selva....
Respira todo placidez. En tanto
Se conmueve mi pecho.
Noble Neusa,
Sublime Pitonisa de Tundama
Que el porvenir revelas á los hombres,
Descúbreme el secreto de mi suerte.

NEUSA

A morir de la diosa en los altares,
Eras tú destinada. Los severos
Númenes de la tierra....

ISORA

Amor extraño,
Dulce y fatal amor! en mis oídos
Vertió palabras de pasión funesta
Que embriagaron mi alma y mis sentidos.

NEUSA

Doncella infortunada,
Fuego fatal alumbra en tus pupilas
Y se extingue su luz inmaculada.
Todo amor entristece. De los dioses
La cólera no busques. Son celosos,
Y en vez de la alegría, la tortura
De la vestal y el *moja* les complace,
Y devoran su núbil hermosura.

ISORA

¿Y qué será de mí cuando el clemente
Sacerdote de Iraca, mi perjurio
Maldiga airado con su voz ardiente?
Cuando en medio del bosque los augures
Enciendan las hogueras,
Y nuestros corazones calcinados
Sientan aún los gritos espantosos
De los dioses burlados?

NEUSA

Horror, horror! Si á las deidades amas
Se apagará tu vida en la clausura
Sin conocer el goce y la amargura
Del amor que en la sangre se difunde;

Sin saber cuánta dicha en un momento
Es capaz de sentir el alma débil;
Sin padecer en un odiado instante
Todo el dolor y todo el desaliento.
Y si toca la flor de tu belleza
El labio de un mortal, siempre en tu casa
Verás la sombra fría de los dioses
Urdir en el hogar para tus sienes
Los hilos de la red de la tristeza.

ISORA

Vé, consúlta los signos celestiales,
El vuelo de las aves....

NEUSA

Siempre plugo á las almas inexpertas
Anticipar las horas de la vida,
Más dolorosas mientras más inciertas!
¿Por qué saborear dolor lejano?
Baste al presente su inquietud;
Aspira
De la noche el aroma.
Yo te libro
De asechanzas y pérfidos amagos;
Tu sombra seguiré. Sacerdotisa,
El oráculo excelso de Tundama
Por ti consultaré. De los peligros
Que te reserva la celeste llama
He de salvarte audaz, aunque los lares
Del templo me persigan en la noche
Y sean más dolientes mis pesares!

ISORA

De mí se vengará la blanca diosa!
De Iguaque vagaré por el abismo

Sin encontrar sosiego,
Como la cervatilla á quien acosa
Un enjambre de tábanos!
¿Del fuego
De la deidad silente me precaves?

NEUSA

Qué no intentara yo por tu ventura!

ISORA

Cómo me regocija tu cariño,
Maternal es tu afecto.

NEUSA

(Ella lo dice!)
Siempre estuve á tu lado, blanda niña,
Furtivamente vigilé tu sueño;
Te vi danzar graciosa en la campiña
En sagrado cortejo de vestales,
Y te besé en el bosque soledoso
Donde nadie quebró mi suave encanto.
Cuántas veces, dormida, en tus cabellos
Los ósculos dejé de mi alma triste,
Unidos á las gotas de mi llanto....

ISORA

Ah tus caricias!
Sí, desde la cuna
Mis pasos sigues y en mi dicha encuentras
El placer que te niega la fortuna;
Amiga, dulce amiga!

NEUSA

(Solo amiga!)
Las vestales murmuran. Les sorprende
Mi cariño por ti....

ISORA

Son envidiosas!
¿Nuestra amistad acaso les ofende?
¿Qué dicen las vestales?

NEUSA

Tántas cosas:
Que tu madre soy yo. Tu madre, Isora!

ISORA

Ah! si lo fueras. Nunca de sus labios
Caricias recibí. Jamás sus besos
Calor me dieron en la noche helada.
A la tuya imagino semejante
Su bondad ignorada.

NEUSA

(Celosa estoy de ser yo misma!)
Amante
Es tu sencillo corazón de cierva,
¡Qué culto tan hermoso y tan ingenuo!

ISORA

Así me quieres? Mis mandatos cumples?

NEUSA

Tu esclava soy.... (Su veleidad subyuga!)

ISORA

Vé, interróga el secreto de los hados,
Haz que vibren las voces encendidas
De los dioses terribles y adorados.

NEUSA

Voy si te empeñas en llamar las sombras
De los supremos númenes. Espéra.

Se dirige al templo por la puerta de la derecha

(No comprende mi angustia!)

Sale.

ESCENA III

ISORA, TOMAGATA *desde el bosque.*

ISORA

Cuán imprudente he sido! torno al ara
Donde el fuego dejé sin los perfumes,
Y á Chaquén una ofrenda se prepara.

TOMAGATA

Flor que sobre carbones te consumes,
Mécete al soplo azul de la campiña.

ISORA

Que me perdone la celeste dea,
Aún no soy impura;
Aplacarla el espíritu desea.

TOMAGATA

Zaquezamín te aguarda en la espesura....

ISORA

El se olvidó de Isora; ¿tan voltario
Es amor en los dioses y en los hombres?

TOMAGATA

Ja, ja, ja, ja, ja.

ISORA *se detiene azorada*

Se estremecen los árboles sagrados.
Es él, ... Zaquezamín! no me responde.
Le llamaré otra vez, una tan sólo.
Están los pebeteros apagados
Y la diosa es colérica;
Zaquezamín, adiós. Es mi destino
Encender *moque* en el altar de Chía,
Muera tu amor, ante el amor divino,
Adiós!

Se dirige al interior del templo.

ESCENA IV

ZAQUEZAMÍN, *que aparece en el bosque*, ISORA, TOMAGATA, *siempre oculto.*

ZAQUEZAMÍN

Isora mía!
No te alejes de mí, virgen sagrada,
Suave como las brisas de Yatoba
Y las flores de luz de Furatena;
Escúchame benigna la aventura
Que al llegar me sucede: de tu pena
Causa no soy. La pérfida criatura
Que enlaza de los males la cadena
Y se complace en el dolor....

ISORA

Entiendo!
Ah! Tomagata.

ZAQUEZAMÍN

Sí, sombra maldita!
Me extravió por la selva. Vi su cola
De jaguar extenderse en mi sendero
Y con astucia me burló. Medita
Un diabólico crimen.

ISORA

Dioses! sola
Y tan cerca del monstruo yo esperaba,
Y sentí su atracción cuando el pampero
La copa de los árboles cimbraba!

ZAQUEZAMÍN

Odia el amor y la virtud....

TOMAGATA *imitando el sonido de las hojas.*

Mentira!

ISORA

Y es censor de Zuhé....

TOMAGATA

Justo.

ZAQUEZAMÍN

Persigue
En el claustro del templo á las doncellas.

TOMAGATA, *siempre oculto.*

Oh! para qué? Mi corazón profundo
A todos los amores es rehacio.

La selva se conmueve.

ZAQUEZAMÍN

Entre los bosques intrincados gira;
Al que le estorba lo convierte en rana.

TOMAGATA

Ja, ja, ja.

Las palabras de Tomagata no son oidas por los amantes. Para éstos las palabras diabólicas se confunden con los rumores del bosque.

ZAQUEZAMÍN

Zuhé le mutiló durante el sueño.
Nunca padre será.

ISORA

Cuán espantosa
Acción indigna de los altos dioses.
¿Qué pretendía con tan cruel empeño?

ZAQUEZAMÍN

Zuhé, dios irascible, dios airado,
Se parece á los hombres.

ISORA

Es sublime,
Y fecundo en grandeza.

ZAQUEZAMÍN

Mas todo dios es una forma oscura....
No hablemos de Zuhé. La dicha es breve
Y los dioses son tristes ó iracundos;
Olvida á Tomagata. En la espesura
Se sumergió del bosque. La alegría
Basta de nuestro amor, para los mundos
Llenar de regocijo. Este silencio,
En la paz de la noche, nos convida
A ser felices. Me figuro, Isora,
Que oculta en ti su manantial la vida.

ISORA

Quiero tu amor sin ofender la diosa,
Una pasión serena.

ZAQUEZAMÍN

Es imposible. Mi deseo es loco
Y más ardiente cada vez. Radiosa
Me envuelve tu caricia. Soy torrente
Que desatado de la cima corre
Sin que nadie detenga su corriente.

ISORA

¿Ni el temor de los dioses?

ZAQUEZAMÍN

Es ya tarde.
Cuando el Sumo pontífice de Iraca
Me confió tu belleza, fui cobarde,
Y rindióse el deber ante el instinto.

Id, me ordenó con religioso acento,
Condúcela segura por la senda
Que recorrió Bochica. Los misterios
Del buen Enviado á la vestal enséña.
No comprendió Suamós que ya en mi espíritu
Una llama sacrílega surgía,
Y que olvidado de los graves ritos,
En vez del homenaje á Nenquetheva
Mis encendidos labios te dirían
Tiernos cantos de amor, y que las flores
Del Tibitó y del Funza, no las grutas
Ornarían de Bachue, más tus rizos
Rutilantes y negros cual la noche
En que Chiminigagua de la altura
Hizo volar los cuervos luminosos.
Prendí la llama del amor humano
En tu inexperto corazón de cierva,
Y conmoví tus vírgenes sentidos
Que parecían aves sonnolentas
Temerosas del vuelo. Mis palabras
Ígneas cual de Zuhé los resplandores
Férvidas penetraron en tu sangre.
Te coroné con diminutas rosas
Y mirtos de Isabuco; te di piedras
Del color de las ranas, y cual aire
De una luz trasparente y misteriosa,
Oro de Zenufana; rojas plumas
De las aves divinas; conchas tenues
Del Caribe lejano; de las palmas
Del Chimilá los deliciosos frutos,
Redondos cual tus senos; azabaches
Del negro brillador de tu mirada,
Y pieles de jaguar tendí en el tálamo....
Y te besé los labios!

ISORA

Cálla, cálla!
Me profanó tu boca. Cuchavira
Eclipsó su diadema de luz pura,
Y rodó de mis hombros la *liquira.*
En la mitad de la celeste altura
Nuestro padre Zuhé vibró su llama
Y maldijo mi pálida hermosura;
Y te maldijo á ti. Del Tequendama
Quise salvar la carcomida roca
Porque mi vida la deidad reclama!

ZAQUEZAMÍN *irónicamente.*

Y te detuvo el dios....

ISORA

Cual una loca
A la piedra llegué! Medí el vacío,
Y aún sentía el beso de tu boca!
Al estrellarse el desquiciado río
En las oscuras simas, se convierte
En humo de un altar. Grato rocío
Sobre mí descendió. Tú, de la muerte
Me salvaste atrevido!

ZAQUEZAMÍN *con fuerza.*

De mi lado
No podría arrancarte el dios más fuerte.

ISORA *con gran fervor.*

Y miré la visión de lo pasado:
Entre las nubes que impelía el viento
Vi á Nenquetheva aparecer....

ZAQUEZAMÍN

Airado?

ISORA *con creciente fervor.*

Sobre el Funzé y el Tibitó, con lento
Y majestuoso paso descendía
Y en su faz reflejábase el contento.
Se detuvo en la libre serranía,
Y con su vara de oro, del basalto
La vena hirió: con hosca algarabía
Se lanzaron las aguas por el salto
Mientras de nuestros padres la plegaria
Buscó á Zuhé del cielo en lo más alto,
Y ascendió cual una ave solitaria!

ZAQUEZAMÍN

Semejas el augur. Tú acento invoca
Espíritus que yacen en la tierra.
Eres sacerdotisa.

ISORA

En mi alma siento
Moverse un dios; un hálito divino
Agita sin cesar mi pensamiento
Y mi sellado corazón aterra.

ZAQUEZAMÍN

No adores á los dioses insondables,
Marchitarán en breve tu hermosura;
El amor de los hombres es fecundo.

ISORA

Más fecundo es Zuhé.

ZAQUEZAMÍN *con brote de cólera.*

'Fuera en mi mano
El apagar su llama, y la extinguiera
Aunque rodase entre la sombra el mun do

ISORA

Tu corazón blasfema. De tu pecho
Ascienden las pasiones tumultuosas.
Miedo me infunde una pasión tan grande;
Es amar demasiado.

ZAQUEZAMÍN

Es mi destino
Engrandecer las almas y las cosas!

ISORA

Y de inquietudes riegas mi camino.

ZAQUEZAMÍN

No más vacilaciones tu alma sienta:
Del templo huyamos. Bachue asilo brinda
En fresca gruta azul á los amantes.
¿Me amas, Isora?—Dí, tú me prefieres
A Chía?—No respondes!

ISORA *vacilante.*

Es horrible!
Mi corazón es débil é indeciso,
No tengo voluntad. Soy una sombra
Entre los dioses y tu amor. Preciso
Es que nos separemos para siempre.
Húye tú, solo. Acába el sortilegio
Y déjame extinguir en los altares
A la manera de una flor oscura....

ZAQUEZAMÍN

Jamás! Nunca jamás. Los tutelares
Espíritus del bosque nos invitan
A gozar de su aroma y su frescura.
Vén, vén!

La toma de las manos y trata de llevarla hacia el bosque.

ISORA

No, por Chía, tu loco sacrilegio
Hará que nuestras almas el reposo
No consigan jamás cuando desciendan
Al abismo de Iguaque. ¡Los dragones
Sacarán de los cuerpos insepultos
Nuestros enamorados corazones!

ZAQUEZAMÍN

Vén. Las deidades aman al que ama,
Son benignas quizás.

ISORA

Oh! no perdonan
Al que ofende el candor de sus vestales.

ZAQUEZAMÍN

Vén! desprecio los dioses; los maldigo.

ISORA

Suéltame! si pareces Tomagata
En tu empeño diabólico!

Se agita la selva. Caen sobre Isora y su amante hojas y flores.

ZAQUEZAMÍN

Sígueme, Isora, luz de mis pupilas.

Observa las flores que caen.

Las húmedas deidades de la noche
Nos coronan de flores. Son propicias!

ISORA *conmovida dulcemente.*

Yo te amaré en silencio. Grandes males
Evitaremos....

ZAQUEZAMÍN

Vén, tú eres mía! mía!—*forcejeando*—
A los dioses vencí. Los reto.

La lleva hasta el principio del bosque. En ese momento la luna empieza á mostrar su disco de una blancura de plata. Se eleva el astro por cima de la selva.

ISORA

Chía!

Cae aterrorizada. Zaquezamín se absorbe ante la belleza de la vestal. Las voces del coro suenan en el interior del templo.

CORO

Oh! padre de Idacanzas,
Sol glorioso y fecundo
Que tus fulgores lanzas
Sobre el santo Suamós!

ESCENA V

Se abre la puerta del templo. Aparece el Sumo sacerdote de Iraca seguido de jeques, augures y vestales. Avanzan unos pasos en el pórtico, pero sin que observen la presencia, en las gradas, de Zaquezamín é Isora.

SUAMÓS *se dirige al primer jeque.*

Hallaste la vestal?

JEQUE 1.°

Mis labios tiemblan....
No aparece la virgen en el templo.
Abandonó el altar, y....

SUAMÓS

Sola?

JEQUE 1.°

Zaquezamín la concitó al delito;
De los dioses se burla.

SUAMÓS

Qué infortunio!
De crimen semejante nunca ejemplo
Iraca tuvo. Por mi frente mustia
Siento helado sudor, cual si maldito
Fuera yo de Zuhé. Mi cabellera
Aún debía emblanquecer de espanto;
Jamás pensé que mi dolor pudiera
Llegar á dolor tánto!

JEQUE 1.°

Buscaremos, señor, á los perjuros.

JEQUE 2.°

En la selva quizá....

JEQUE 3.°

Sí, los amantes
Son inexpertos al huír. Prefieren
Ser sorprendidos á mermar su gozo.

JEQUE 4.°

Desciende parte de la escalinata y descubre á Zaquezamín é Isora. Esta yace en tierra, Zaquezamín aguarda á los jeques en actitud altiva é indiferente.

Hélos aquí. Son ellos, los impuros.

ZAQUEZAMÍN

Ella es inmaculada, su inocencia
Es más limpia que el aire de los bosques;
No la toquéis!

JEQUE 2.° *Al Sumo sacerdote.*

Señor, vuestra presencia
Deje sus corazones aterrados;
Miradlos, gran pontífice, son ellos!

Los jeques, augures y vestales avanzan hasta hacer cerco á los amantes. Suamós los contempla desde el atrio del templo. Su actitud es sublime y airada.

SUAMÓS

Sacrílegos! los dioses profanados
Por vuestra ingratitud, piden venganza:
Indignos sois de recibir los dones
De Zuhé prepotente. Vuestro crimen
La execración de la deidad atrae
Sobre todos nosotros. En carbones
Debiera convertirse el orgulloso
Templo de Iraca. Por la selva gimen
Los manes protectores del santuario
Que elevó la piedad á Nenquetheva.
—Corred hijos del Sol por las llanuras
Del Tundama y del Zaque. Dad la nueva:
Llegó la maldición de las deidades,
Y han de llorar amargas desventuras
Hasta las desoladas soledades. . . .

UN AUGUR

Oh! Callad! Las palabras son divinas
De Suamós en los labios augustos,
Y podéis concitar las tempestades
Sobre el santuario espléndido de Iraca!

SUAMÓS

Malditos de Zuhé! Vuestros impíos
Deleites arderán sobre la pira;
Su propio fuego á la deidad aplaca;
El dios se calmará si de sus rayos
El resplandor supremo los consume.
—Id, preparad la hoguera. Dios benigno
Su sangre recibid como perfume. . . .

TOMAGATA. *Pasa su sombra por el bosque.*

Qué sagrada ironía
A sus acentos da.
Yo también soy divino,
Soy eterno. Ji, ja.

ESCENA VI

Algunos jeques y augures se dirigen al interior del templo. Los demás rodean á los amantes.

ZAQUEZAMÍN

Acabaste, Suamós?

SUAMÓS

Ya la sentencia
Que merecen tus culpas he dictado.
En mí alientan los dioses justicieros.

ZAQUEZAMÍN

Mas, si eres sacerdote á quien las cosas
Obedecen al punto, de la selva
Cálma el rumor, y nos darás gloriosas
Señales del poder de tus palabras;
Apacígua los vientos.

SUAMÓS

Los insultos
Agregas al delíto; tu malicia
Parece en lo sutil de Tomagata.

Se agita la selva. Zaquezamín sonríe irónicamente. Suamós se muestra intranquilo.

VARIOS JEQUES

Muera el impío! Muera! La justicia
De Zuhé lo reclama.

SUAMÓS

Al sacrificio
Llevadlos al instante.

Ordena: los jeques toman por los brazos á Zaquezamín. Los augures tratan de levantar el cuerpo de Isora.

ZAQUEZAMÍN

Oh! crueles panches, ¿compasión de Isora
No tendrán vuestros fríos corazones?
—Vedla! parece sonreír. Tranquilas
Son de su blanco sueño las visiones.
Ella es pura.

SUAMÓS

Llevadlos!

ZAQUEZAMÍN

Inocente.

SUAMÓS

Grato será su sacrificio á Chía.

ZAQUEZAMÍN

Es más limpia que el agua de la fuente
De las montañas. . . .

EL CORO DE VESTALES

Muera por impía!

ZAQUEZAMÍN

Oh! no la despertéis. Es tan hermosa!

Los augures agitan el cuerpo yacente de la vestal. Esta se incorpora con lentitud. Sus ojos revelan el extravío místico. Los amantes son conducidos hasta el atrio del templo.

ISORA *levantándose.*

Oh! tierna claridad, ósculo suave,
Huytaca silenciosa, flor del cielo,
A quien los hombres llaman homicida.
Permíte, oh diosa! que tu luz alabe
Y me envuelva en tu blanca vestidura;
Esposa de Zuhé, lirio del lago

Que dominas las aguas y las selvas;
Antorcha cineraria de la noche
No me sumerjas en el negro fondo
De Iguaque pavoroso, ni el estrago
Conozca yo del vórtice maldito
Donde habita el dragón. Tu luz sonríe,
Eres piadosa, eres benigna; bañas
Con tu lumbre sutil los corazones
Y al penetrar furtiva en las cabañas
Retozas en la cuna de los niños;
Tú no eres implacable; tú perdonas
El beso de las almas en los labios. . . .

. . . .
. . . .

Mas, qué miro? . . . Suamós y los augures;
Todos aquí! . . . Mi sueño se disipa!
Realidad espantosa! qué me traes
En las alas de buho soporoso?

SUAMÓS

Ella misma al suplicio se condena.

ESCENA VII

JEQUE. *Sale del templo.*

Arde la pira entre aromado *moque.*

ZAQUEZAMÍN, *que observa la angustia de Isora.*

Vas á morir, oh flor de Furatena,
Nenúfar de la cóncava laguna
Donde se mece el resplandor incierto
De la deidad fatídica. Fui loco,
Fui cruel cuando tu vida y tu destino
Enlacé con mi pálida fortuna.
Perdón, perdón, Isora; el infortunio
Sólo mi corazón herir debiera,

Y nunca el tuyo, Isora. Nuestra suerte
La señaló fatalidad divina;
Entre unos mismos leños en la hoguera,
Enlazados los cuerpos y las almas
Consagrará nuestra pasión la muerte!

ISORA

Morir! ... oh! qué palabra tan profunda.
El fuego miro que mi sangre quema,
Un helado sudor mi frente inunda.....
Mitigará el amor el cruel tormento?

SUAMÓS

Vas á morir, mas en diversas piras,
Que vuestro amor impuro, de los dioses
Aún levantará las turbias iras.

ESCENA VIII

JEQUE. *Sale del templo.*

Arde la hoguera en el altar de Chía.

SUAMÓS

Llevadlos.

ISORA

Oh! dolor.

ZAQUEZAMÍN

Tánta hermosura
No conmueve sus pechos de granito.

Los jeques conducen á los amantes hacia el interior del santuario. Isora parece rehacia á seguirlos. Zaquezamín marcha en apariencia con gusto.

ISORA

Dolor inmenso! Triste fin de Isora!

ZAQUEZAMÍN

Será tu nombre mi postrer palabra. . . .

ISORA

Tu pasión es fatal!

ZAQUEZAMÍN

Era mi vida. . . .
Era toda mi vida! . . .

Al traspasar la puerta del templo se vuelve á Suamós.

Bah! maldito!

Silencio profundo durante algunos minutos. Entran todos al templo.

ESCENA IX

EL CORO EN EL INTERIOR DEL TEMPLO

Oh padre de Idacanzas,
Sol fecundo y glorioso
Que tus fulgores lanzas
Sobre el santo Suamós,

Protége á los ochíes
Tus hijos predilectos,
Tú, que suave sonríes,
Tú, prepotente dios.

Tu cabellera es de oro;
Te obedece la tierra
Al enviarle el tesoro
De tu luz matinal.

Con sublime sosiego
Vas hollando esmeraldas;
Son tus ojos de fuego,
Tus plantas de cristal.

Fecundíza los campos
Que diste á Nenquetheva,
Y sána con tus lampos
Del enfermo el dolor.

A los mancebos dales
El arrojo del tigre,
Astucia de chacales
Y del oso el valor.

Del *moja* el sacrificio
Calmará tus ardores,
Si su sangre propicio
Aceptas, oh! Zuhé.

Y las aves sagradas
Te llevarán los votos
De las tribus amadas
Y de Suamós la fe.

El Zaque te proclama
Deidad inmarcesible;
Sus ofrendas Tundama
Entre aromas te da;

Y en el valle florido
Del Funzé perezoso
Te respeta el temido
Señor de Bacatá.

ACTO II

CUADRO I

EL INCENDIO DEL TEMPLO

Interior del templo de Iraca. Suamós aparece en una silla de madera guarnecida de esmeraldas, colocada en el centro del recinto sagrado. A derecha é izquierda del Pontífice se extienden therorías de jeques y de vestales. Los braseros arden alimentados con maderas aromáticas de las cuales surgen llamas azules. Los muros del templo están cubiertos á trechos de láminas de oro bruñido, delgadas y musicales. Sobre trípodes sencillos resplandecen las aves hieráticas, con sus plumajes verdes, azules y rojos.

Es la hora del crepúsculo. Por las puertas laterales entran purpúreos fulgores del cielo encendido por la agonía de la tarde.

ESCENA I

NEUSA, *Sacerdotisa de Tundama, llega por una de las puertas laterales y se dirige á Suamós.*

Profundo es el oráculo, Pontífice de Iraca,
Sus recónditas voces queman el corazón;
Zuhé con sangre virgen sus cóleras no aplaca. . . .

SUAMÓS

Hablad!

NEUSA

Temed! los dioses inescrutables son!

SUAMÓS

Mas oyen de sus hijos el amoroso ruego.
Decidnos las palabras profundas. . . .

NEUSA

Oh, profundas! . . .

EL CORO DE JEQUES Y VESTALES

Zuhé! Zuhé!

NEUSA

Severas. . . . "AGAY QUANDOLA IU!"

Sorpresa en el concurso.

Vi las aves divinas, como flechas de fuego
Pasar ensangrentadas!

EL CORO

Agay quandola iu!

SUAMÓS

Y los buhos? las sombras de las nubes errantes?

NEUSA

Los buhos extasiados declinaban el vuelo
Hacia el bosque. Sus ojos de amarillo fulgor
Y sus trémulas alas predecían el duelo;
Las nubes eran monstruos de lívidos semblantes.

CORO DE VESTALES

Agay, agay, horror!

SUAMÓS

Consultaré yo mismo de las aves divinas
El sentido medroso. Por mí la tempestad
En lluvia se convierte. Los montes y colinas
De Nompanim esclavos, siguen mi voluntad.

Desataré las nubes sobre los campos yermos;
Las fuentes extinguidas tornarán á bullir;
Oye Zuhé mis votos. Sanaré los enfermos;
Hago brotar las flores; descubro el porvenir.

CORO DE JEQUES

Es el ungido, el santo!

SUAMÓS

Se levanta majestuoso y se encamina hacia el brasero que despide chispas azules. Los mancebos, que rodean los braseros, le presentan la urna que contiene resinas aromáticas. El Pontífice con una espátula de oro toma el MOQUE *y lo arroja en el fuego acompañando su acción de signos misteriosos. Entre las espirales blancas del humo se inician cabezas de lagartos de reflejos metálicos.*

La selva se agita con violencia y la sombra de TOMAGATA *pasa por el bosque vecino al templo.*

TOMAGATA

Tristes dioses vencidos
Por la fatalidad.

Señala hacia Hunza de donde ha venido su sombra errante y ligera.

Otro dios inhumano
Tras vosotros vendrá. . . .

Las palabras se entreveran con el ruido de las hojas que caen. Hay momentos en que la figura de Tomagata se confunde con los troncos y simula un vegetal viviente, una mandrágora animada.

Se oyen truenos lejanos. Se diría que son detonaciones de un combate. Todos expresan inquietud. Algunos jeques tratan de explicarse lo que sucede mirando por las puertas laterales. El espacio permanece tranquilo. El sol enro-

jecido se oculta pomposamente. La tempestad que creen oír los ochíes es inusitada: no se advierten los relámpagos. La fiesta religiosa continúa.

SUAMÓS. *Conmovido.*

Padre Sol! que tus rayos fecundicen la tierra
De Idacanzas gloriosa. Suenen himnos de paz
En los úberos campos, y por siempre la guerra
Encadenada aguarde, cual oso montaraz.

Las aves que las galas tienen de Cuchabiba
Te llevarán los votos de nuestra ardiente fe.

Los augures dan tres golpes en los trípodes de los guacamayos. Uno de éstos canta:

Zuhé, luz viva,
Zuhé, Zuhé!

Los jeques toman el ave que ha deseado ser portadora del mensaje celestial y la dejan escapar libremente hacia el espacio donde ahora desciende el astro-dios.

La ceremonia ha sido feliz. Las deidades se muestran propicias á los chibchas. Resuena una música selvática y sencilla. TOMAGATA *desaparece. Las vestales coronadas de rosas de Isabuco y lirios acuáticos, danzan al rededor de las trípodes en que se hallan las aves.*

Uno de los mancebos que rodea los braseros ofrece á Suamós una caña de maíz con el fruto abierto. El Pontífice la inciensa con el turíbulo.

SUAMÓS

Chaquén amable dionos tu perfumada espiga,
Tus senos rebosantes de leche virginal,
Cuando su estirpe huyendo de la raza enemiga
Llegó vencida y débil al valle maternal.

Las vestales toman del ara vasos rebosantes de esmeraldas.

EL CORO DE VESTALES

Son luz del bosque verde. Son almas de las hojas
De un árbol misterioso labrado por Chaquén.

CORO DE AUGURES

Recíbelas bañadas en sangre de los *mojas*. . . .

ESCENA II

Los mismos y un HERALDO. *Este aparece en la floresta que principia en la escalinata del templo. Es un chibcha que avanza hacia el recinto sagrado. Viene jadeante como si hubiera recorrido una larga distancia. Trae arco y carcaj con cendales blancos y los muestra desde el vestíbulo al concurso religioso.*

Palabras confusas se escapan de todos los labios.

UN JEQUE

Un heraldo!

TODOS

Un heraldo!

SUAMÓS. *Siempre augusto.*

Mensajero de quién?

El heraldo con la vista baja hace humilde reverencia al Pontífice y aguarda un signo de éste para contestar.

SUAMÓS

Hablad! . . .

EL HERALDO

Pontífice de Iraca! Por áspero camino
Los dioses me trajeron á cumplir mi destino.

El gran Quimunchatecha su mensaje te envía:
El Zaque á Suamós dice:
Por la selva bravía

Han surgido unos hombres de países lejanos,
Como Bochica rubios, cual panches inhumanos.

No vierten de sus labios, cual vertió Nenquetheva
Las enseñanzas puras y la palabra nueva.

Conducen en sus armas los rayos de la muerte
Y rigen unos monstruos que aterran al más fuerte.

El pueblo los admira cual seres inmortales,
Mas son criaturas débiles á merced de los males

Que á todos nos asedian. Es su brazo pujante
Al herir con la punta de una caña vibrante.

El asombro aumenta en Suamós y sus compañeros.

En sus pechos rebotan nuestros dardos de piedra,
Y nada les conmueve, ni nadie les arredra.

Es su deidad el oro. Combaten ellos mismos
Entre sí por amarlo; bajarían abismos

Y al fondo de la tierra donde en su tumba clama
El que tajó las rocas del fiero Tequendama.

Opúsole sus huestes en Busongote el Zipa
Thisquesusa. Cual humo fue deshecho Zajipa;

Y al fulgor de sus rayos en oscura jornada
El Bacatá fue muerto. La nación consternada

Implora á sus deidades. . . . y los dioses ceñudos
Se ocultan en los cielos y permanecen mudos.

El cetro ensangrentado que llevó Thisquesusa
Recogiólo Zajipa, mas el pueblo rehusa

Obediencia á las órdenes del uzaque guerrero. . . .
Desapareció el zipazgo cual flor de algodonero.

Despareció la patria del digno Nemequene;
Es un oso cobarde que ya ni fuerza tiene.

Huellan nuestros santuarios con su planta extranjera,
Y el dios, celeste llama, prosigue su carrera.

Que aplaques con tus ruegos la cólera de Chía,
Así dice el mensaje que mi señor te envía.

EL CORO

Oh gran dolor!

SUAMÓS

Fatalidad suprema!
Oh! sálvanos Zuhé. Danos tu fuego
Que con sus rayos las entrañas quema
Del que osa profanarte en el sosiego
Del Santuario de Iraca!

La angustia crece por momentos en el concurso.

ESCENA III

Otro HERALDO *que llega apresuradamente.*

EL CORO

Otro heraldo. . . .

SUAMÓS

Que nuevos infortunios pregona.
Decid. . . . la suerte adversa los males amontona?

HERALDO 2.º

Los hombres fabulosos de los suaves cabellos,
Que lanzan con sus manos de Zuhé los destellos. . . .

SUAMÓS

Abreviad. Ya conozco los hombres iracundos
Que bajan á las tumbas cual los topos inmundos.

HERALDO 2.°

Los duros invasores al poderoso Zaque
Vilmente despojaron. Sus monstruos al ataque
Del Tundama se aprestan....
Los esperó el anciano
Quimunchatecha, grave, cual digno soberano,

Porque confió en lo noble del enemigo fiero,
Y hoy muere de tristeza, sin gloria, prisionero.

Se oyen cerca detonaciones de arcabuces. Las primeras sombras de la noche caen sobre la tierra; pero aún las nubes incendiadas envían sobre el templo resplandores purpurinos.

HERALDO 2.°

Son ellos!

EL CORO

En Iraca!

LOS JEQUES

Sucumbió su grandeza!

EL HERALDO

Han vencido al Tundama. . . .

UN JEQUE

Sus hondas todavía
Lanzan dardos vibrantes. . . .

SUAMÓS *á los jeques que toman los vasos rebosantes de esmeraldas:*

Huíd!

NEUSA

Oh! la belleza
Del crepúsculo es digna del más trágico día!

SUAMÓS

Ya vienen hacia el templo. Cerrad las duras puertas,
Que siquier los tiranos no las hallen abiertas.

ESCENA IV

Por los senderos de las colinas aparecen rápidamente, en desorden, los soldados indígenas. TUNDAMA *dice en el atrio:*

Morir? . . . oh, nó. . . . vivir es necesario
Por la patria y los dioses. . . . Quizá la estirpe mía. . . .

Desaparece en el bosque.

ESCENA V

Los soldados españoles; al frente de ellos JIMÉNEZ DE QUESADA. *Pasan 20 ó 30 lanceros por el atrio en persecución de los tundamas. En el bosque se oye el combate. Jiménez de Quesada y* ANTÓN DE OLAYA *deliénense á admirar el exterior de Iraca.*

GONZALO JIMÉNEZ

Feliz fue la jornada. De Suamós el Santuario
Esplendoroso, es éste; lo consagro á María,
Al Señor Jesucristo y á su madre gloriosa.

ESCENA VI

Los mismos. UN SOLDADO *que sale por una de las puertas laterales del Santuario. Su expresión es de asombro. Se dirige al Adelantado.*

Señor, los perros viles, incendiaron su templo,
Mas una lección dadles de que no exista ejemplo.

GONZALO JIMÉNEZ

Se consumió el tesoro del templo de Bochica!

Las llamas asoman por las puertas al quemarse el esparto de los tapices.

UN OFICIAL PIADOSO

El Dios de los Ejércitos la tierra purifica!

Las sombras de la noche se condensan. Se han extinguido los fulgores de la tarde. Sólo la luz del incendio ilumina el escenario.

CUADRO II

FIN DE UNA RAZA

ESCENA I

El escenario es extensa planicie de un negro profundo. La selva de los cuadros anteriores. Las columnas poderosas del templo yacen en trozos encendidos en los extremos. La luz de estos grandes carbones debe ser la del escenario.

NEUSA

Sale del bosque. Se reclina en una columna volcada.

Todo es desolación en torno mío!
La patria ya no existe! Negras ruinas
Quedan del templo. Un dios rojo y sombrío
En la cruz torturado, con espinas
Sobre las sienes pálidas, impera
Donde Bochica levantó sus aras.
La muerte, en vano mi dolor espera.
En vano buscaré entre las ignaras
Cenizas del Santuario los despojos
De mi Isora infeliz!

Se levanta y recorre desesperadamente un trecho de la planicie, buscando algo entre las ruinas.

Mis turbios ojos
Tan sólo ven la sombra de la tierra
Caer sobre la sombra de las cosas
Cual liquira doliente de la guerra.
Ah! si nunca volviesen los fulgores

De Zuhé á derramar sus alegrías
Sobre tántas visiones espantosas;
Y si nunca brotasen más las flores,
Ni tornasen las horas y los días.
Oh sacrificio inútil! Sólo es santo
En el alma el amor. A las deidades
Sólo el amor agrada; mas los hombres
Su propia sangre beben. En espanto
Y en tristeza de foscas soledades
Convierten los santuarios, y los nombres
Persiguen de los dioses. Vengativa
Llama tenaz encienden, y en la lucha
Un dios joven al viejo dios derriba!
Y sólo el grito de dolor se escucha. . . .

Permanece sumida en profundo abatimiento.

ESCENA II

Del bosque sale una theoría de jeques. De las colinas desciende una theoría de vestales.

LOS JEQUES

Padre Sol de Idacanzas
Que sobre el mundo envías
La gracia de tu luz,
El extranjero impuro con sus manos impías
Incendió tu santuario.
Agay quandola iu!

LAS VESTALES

Oh flor de los celajes,
Oh madre poderosa
De nuestro cielo azul!
Tu culto te arrebata
Una ignorada diosa.
Agay quandola iu!

UNA VESTAL

Las columnas del templo sobre la tierra hollada
Humean cual antorchas de una loca deidad.
Despareció la piedra de Nenquetheva. Nada
Nos conservó el impío. . . .

NEUSA. *Levantándose presa de la locura.*

Ah, la Fatalidad!



CORRIGENDA

El verso 17 de la página 20 debe ser corregido así:

En los labios augustos del Profeta